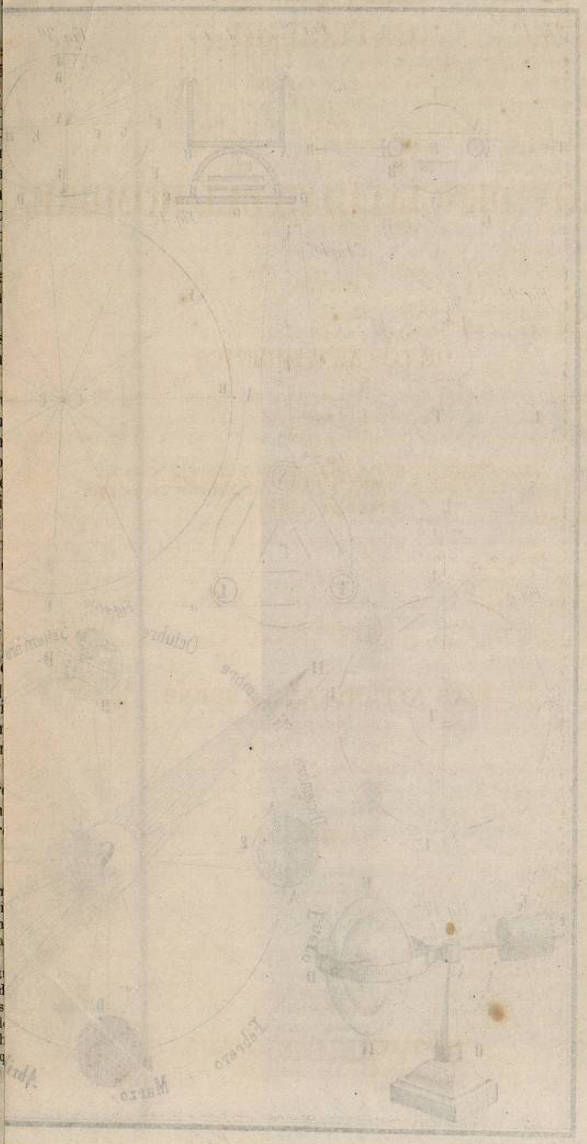


le
há
la
be
de
pr
za
tu
co
er
m
de
m
és
m
fi
m
m
lo
de
ci
ti
n
d
d
a
a
r
q
r
n
ir
r
a
r
n
h
n
a
t
d
s
v
t
q



CATECISMO

DE LA

PROVIDENCIALIDAD DEL HOMBRE,

DEDUCIDA

DE LOS SENTIMIENTOS

DE

RELIGIOSIDAD, MORALIDAD, SOCIABILIDAD Y PERFECTIBILIDAD,
PROPIOS DE LA ESPECIE HUMANA, E INDICANTES DEL DESTINO DE ESTA
SOBRE LA TIERRA.

ESCRITO POR

JUAN NEPOMUCENO ADORNO.

MEXICO.—1862.

TIPOGRAFIA DE JUAN ABADIANO,

ESCALERILLAS NUMERO 13.

ADVERTENCIA.

Esta obra es propiedad del autor, y no se pueda reimprimir sin su permiso.

PROVIDENCIALES DEL HOMBRE.
ADVERTENCIA.

Me habia propuesto que no se publicase esta obra ni el Cuadro Sinoptico de la Moral que la acompaña, sino despues de mi muerte, para que entonces se juzgase imparcialmente de mis escritos disminuida la prevencion favorable, ó mas generalmente adversa que pueda resultar del influjo que mi oscura existencia ejerza en mis lectores.

Las instancias reiteradas de varios buenos amigos míos, me han obligado á cambiar de propósito, por la fuerza irresistible del siguiente dilema: "O mi obra es buena, y entonces no debo demorar su publicacion, ó es mala, y por consiguiente, jamas debe publicarse."

La bondad de aquellos amigos no solo ha resuelto el dilema favorablemente, sino que ellos me han manifestado la utilidad de mi obra en la crisis por que pasa nuestra cara Patria, para regenerar en ella la moral y rectificar los principios religiosos, pues las circunstancias presentes son para muchos el desprendimiento absoluto de toda moral y sentimientos piadosos.

Así es que esta advertencia la dirijo á protestar contra los que califiquen mi Catecismo de impio; pues por el contrario, deseo que reflexionen que no pueden ecsistir tan profundas convicciones de religiosidad, sin emanar éstas de un corazon en que existen los sentimientos mas sinceros de piedad y veneracion hácia Dios, y de admiracion profunda hácia los libros Bíblicos, tan Providenciales en sí mismos.

Tambien protesto contra los que interpreten estas líneas como trazadas por el temor ó la hipocresia, pues para escribirlas han guiado mi pluma los motivos mas nobles y utilitarios, en prueba de lo cual espondré brevemente algunos.

Cuatro grandes objetos se han propuesto los filósofos en todos los tiempos, pero principalmente en el de crisis y transición por que pasamos. El primero es el reconocimiento de la existencia de Dios y las bases de la religion natural en toda su pureza, independientemente de los dogmas tradicionales, para que pueda servir la filosofía de liga y union entre los hombres virtuosos de todos los paises y de todas las religiones. El segundo es hallar los fundamentos de la moral, que deduciendo ésta de la constitucion física y espiritual del hombre, conduzcan á éste sin oposicion ni apremio hácia la práctica de los preceptos morales y al logro de la felicidad, identificando ésta con la virtud y el deber. El tercero es el demostrar evidentemente que Dios es la causa de todo bien, y que el mal no ecsiste sobre la tierra, sino porque el hombre aun no cumple con el destino para que Dios lo ha criado, y que lo conducirá un dia hácia el goce glorioso del bien y de la felicidad que le espera con la práctica de las virtudes en la vida terrenal, como preparatoria de la bienaventuranza eterna. El cuarto es, finalmente, el encontrar el método de educacion y la fórmula de los preceptos que sin sacudimientos ni revoluciones sangrientas, vayan conduciendo á la humanidad hácia el bienestar y la perfeccion social.

Si, ciertamente: estos objetos utilitarios que creo se conseguirán con la práctica de la doctrina que promulgo en esta obra, no solo han sido los que se ha propuesto la filosofía, sino tambien la religion.

En efecto; las cuatro virtudes que deben conducir al hombre hacia la perfección de que es susceptible, son: la *Conveniencia*, la *Justicia*, el *Amor* y la *Misericordia*, constituyendo todas reunidas la *Providencialidad*. Pues bien: obsérvese que la primera se identificó con la religión de los Patriarcas, la segunda con la de Moisés, la tercera con el Evangelio, la cuarta con la pasión de Cristo en el Gólgota, y por último, me ha cabido en mi humilde existencia el presentar al mundo las dulces y gloriosas ligas que unirán todos los principios religiosos y morales de los siglos pasados, presente y futuros, con la Providencialidad humana.

De la misma manera se identifican la *Conveniencia* con la *Libertad*, principio conquistado por los filósofos antiguos, principalmente por los griegos y romanos. La *Justicia* con la *Igualdad*, principio reconocido por los profetas. El *Amor* con la *Fraternidad*, principio inculcado en la gloriosa doctrina de Cristo. La *Misericordia* con la *Solidaridad*, enseña levantada en la regeneración moderna de los pueblos; y por fin, la *Providencialidad* con la *Felicidad*, estandarte que presento yo ante los hombres de buena fé de nuestro siglo y de los siglos futuros, para que les sirva de guía y de faro en las peregrinaciones morales del género humano hacia la virtud y la felicidad.

Asimismo protesto contra los que crean que yo inculco en mi obra utopías impracticables, ó principios trastornadores del orden social. Yo suplico á los que así piensen, observen que en este libro no aconsejo la brusca transición del estado actual de la sociedad hacia la perfección social, pues esto sería tan perjudicial al mundo, como lo sería dar á un niño en la lactancia los alimentos fuertes y las frutas deliciosas de que solo pueden nutrirse los adultos.

Creo, sí, que una doctrina en que se proveen las graduaciones necesarias de la civilización para llegarse á obtener la perfección y la felicidad social é individual, debe inculcarse en la niñez, para aproximarse con la educación de las generaciones futuras, aquellos inestimables bienes que solo pueden obtenerse cuando la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad y la Solidaridad dejen de ser solamente hermosas palabras, y lleguen á ser los hechos en que se funda la felicidad humana. ¡Oh, sí! ¡a la educación de los hombres y los pueblos está reservado realizar este benefactor prodigio!

Yo aspiraba á marchar sobre las huellas de abnegación y de pureza que Cristo dejó sobre la tierra, en cuanto fuese dable á mi débil é inferior naturaleza; pero cuánta distancia me ha separado en las circunstancias de mi misera vida de aquel sublime modelo y mártir del Calvario! y hé aquí por qué deseaba que mi obra se publicase póstumamente, pues en mi humilde existencia se ve en mí al hombre con todas las miserias y defectos, los que espero me perdone la humanidad, al menos por la buena intención que me guía al consagrarle esta obra.

JUAN N. ADORNO.

PRÓLOGO.

CUANDO el hombre pensador se encuentra en el planeta que habita en medio del siglo en que vivimos, no puede menos de preguntarse con una profunda emoción: ¿cuál es la causa de la grande crisis porque la humanidad pasa? ¿Cuál es el fin á donde dirige sus esperanzas y esfuerzos? ¿Por qué derriba monumentos que en otro tiempo creyó santos? ¿Por qué desarbala su nave del velamen con que hasta aquí la había guiado en la tempestuosa noche de los tiempos? ¿Es acaso por la inconstancia intrínseca del hombre que pisa y desbarata lo que antes había construido y venerado; ó tal vez porque reconoce que había edificado erróneamente y que necesita reconstruir y venerar por una mas fuerte convicción de la verdad que aun no consigue?

Cuestiones son estas que elude el mundo ecléctico y que abandona la sociedad como ajenas de su incumbencia y como esclusivas de la conciencia íntima del individuo.

Pero entretanto, la sociedad derriba, y el individuo fluctuante y escéptico esquiva entrar en el fondo de su propia conciencia, y todos se encuentran sin los resortes morales que en otros tiempos los ligaban, y se lanzan al laberinto de incertidumbres y de escepticismo en que caminan al acaso sin guía ni brújula, y á cuyas tortuosas sendas se da el nombre, que bien pudiera creerse irónico, de positivismo.

Así es como la civilización actual parece un carro cuyas dos ruedas representan, la una, los inmensos adelantos que se han logrado físicamente; y la otra el destrozo y ruina que ha verificado en la moral. Por esto el carro de la humanidad impulsado con una fuerza prodigiosa, semejante á la de la electricidad ó la del vapor, tiene una de sus ruedas espedita, y se desliza suavemente como en una vía férrea, á la vez que la otra sin círculos de apoyo y con sus rayos destrozados, camina en medio de vaivenes y de sacudimientos terribles, producidos por los continuos estorbos que encuentra y que se le oponen como insuperables montañas, aún cuando no sean en sí mismas sino diminutas sinuosidades ó pequeñas piedrezuelas.

En medio de un conflicto semejante, la sociedad se agita dolorosamente, y angustiada en su actual estado, percibe delante de sí la ruina y el precipicio á donde se dirige con una aterradora velocidad, y busca por todas partes con ansiosa vista los medios de su salvación.

¿Pero qué mira en verdad ¡nada consolatorio! En el pasado primitivo la oscuridad; en el pasado inmediato el error; en su presente el escepticismo; en su proc-

simo futuro el trabajo, la duda y la fatiga. Pero sin embargo, brilla mas allá una estrella de verdad, de esperanza y de infalible bienestar. El hombre se encuentra perfectible, levanta su cabeza del polvo y la ceniza en que la habia hundido al contemplarse un ser degradado y maldito, y reconoce en fin, que está criado por un Hacedor benigno que ha puesto en su corazon y en su espíritu los gérmenes de la verdad y de la felicidad. Reconoce y ve con agradable sorpresa que en sí mismo conduce los elementos de las mas dulces relaciones entre su ser, y el eterno ser que le ha criado. Digámoslo de una vez, encuentra impresa en su alma una religion natural, á la cual acataba aun cuando se equivocaba en sus teorías y prácticas, y sus sentimientos son los de la Providencialidad, incontrastables en sí mismos y que la humanidad en masa ha manifestado poseer.

¿Pero cómo dar unidad á todos estos elementos de bien y de felicidad? ¿Cómo dirigirse rectamente á la perfeccion sin los vaivenes y retrocesos que lagos de sangre y ríos de lágrimas le recuerdan en el pasado? ¿Cómo, en fin, aprovechar los elementos que la beneficencia y nulificar los obstáculos que se le oponen?

El hombre mira en lontananza la felicidad apoyada en la verdad; imágenes bellas, deliciosas sublimes; pero diáfanas, aéreas e indefinidas! Aquel cuadro encantador le seduce, quiere guiarse hacia él, pero él parece huir delante de sus ojos; quiere tocarlo; pero sus manos se estienen tan solo en el vacío. Mas ¿por qué tales inconvenientes cuando la verdad y la felicidad son reales y siente en sí mismo el atractivo de su influencia poderosa? Porque la verdad y la felicidad no están solo bajo el poder de sus sentidos, ellas existen tambien en el ámbito prodigioso de sus ideas, y las ideas requieren una fórmula, la que á su vez seria la directora de sus sentidos y la que conduciría al hombre á los verdaderos goces y á una satisfaccion suprema é inmarcesible.

He aquí el pequeño tributo con que creo poder obsequiar á la doliente humanidad. Esa fórmula de que tanto el hombre necesita, que la busca anhelosamente en el universo y dentro de sí mismo y que por conquistarla no ha economizado sus sacrificios, su sangre ni su llanto; esa fórmula en pos de la cual la humanidad se sacude convulsivamente, derriba lo que antes habia edificado, proscribido lo que idolatraba, detesta lo que amó y niega lo que creía. Esa fórmula no era de palabras; el hombre la llevaba consigo mismo cual un instinto poderoso de su alma. Esa fórmula, en fin, es Providencialidad humana, base fundamental de su religion, y yo no hago otra cosa que ayudar á la humanidad á descubrirla y presentarle los sentimientos traducidos en ideas, las ideas en palabras y las palabras en leyes. Quépame solo la satisfaccion de coordinar esos sublimes pensamientos del espíritu humano enriquecido por el intuitismo ó instinto poderoso de su organizacion. Quépame, si, el placer de presentar á los hombres el espejo de la verdad Providencial, en el cual se encuentren reflejados sus propios sentimientos, y será feliz si cada uno dice: "Yo percibía en mí mismo ideas semejantes, yo buscaba en mi alma verdades análogas y no me sorprenden descubrimientos que creo haber hecho por mí mismo." Así, con la sancion de la humanidad y los resultados que obtenga ésta, de felicidad y saber serán mi apoyo y mi gloria, y el mundo una vez dirigido por un faro seguro y luminoso, no podrá jamas ya perderse en las borrascas de otro tiempo proceloso y de esceptica ignorancia.

Ademas, hace mucho que se echa de ver una gran necesidad política, y es una forma social y religiosa pura, sencilla y basada en principios inmutables y de eterna verdad, que pueda servir de enseña moral á los gobiernos tolerantes, sin envolverlos en las controversias y querrelas dogmáticas de las diversas religiones tradicionales. Una forma semejante, y que satisficiera las indicaciones morales

y filosóficas de todas las religiones concordes con la razon intuitiva de la humanidad, debería servir tambien como un lazo de unión entre los hombres, aunque practiquen diferentes cultos; y así los gobiernos se encontrarán facilitados en sus funciones administrativas, distributivas y remunerativas.

Tambien las leyes tendrán un fundamento y coherencia universal, simplificándose á la vez la armonía y el órden de las bases sociales.

Pero todo esto no podia conseguirse sin el descubrimiento del verdadero destino del hombre, deducido de la incontrovertible verdad de que él es una Providencia. Pero una vez convenida esta verdad sublime, es asimismo incontestable que los gobiernos deben ser la Providencia de sus pueblos, y entonces aparecen los verdaderos derechos de Providencialidad por los cuales gobiernan. Porque en efecto, no son los derechos hereditarios ni los de eleccion popular los que deben conservar y conservar á los gobernantes su autoridad, sino la práctica y distribucion del bien y la felicidad pública.

Mientras un gobierno es bueno, benevolente y Providencial, los pueblos lo aman y respetan; pero luego que se convierte en destructor é imprudente, se hace tiránico y pierde el afecto de los pueblos, los que solo pueden tolerar el poder, subyugados y embrutecidos por la fuerza y la violencia que los sumerge en el tormento del malestar.

Una cosa hay incuestionablemente imposible, y es que los pueblos eligiesen sus gobernantes con el objeto de ser vejados, tiranizados y oprimidos. Por el contrario, la historia está llena de las revoluciones y esfuerzos que las naciones han hecho para sacudir la tiranía, sea cual fuere el origen de los tiranos, y aunque estos sean dedicados como los césares en Roma, ó aunque deban su poder á la eleccion popular cual los decenviros.

Por lo tanto, todo gobierno, teniendo su mision providencial que cumplir, está tambien sujeto á bases morales y sociales; pero estas deben ser de una eficacia y pureza absolutas, pues tan contrario seria á la dignidad gubernativa (cuando esta es tolerante) el involucrarse en las cuestiones dogmáticas, como el profesar el indiferentismo absoluto, pues este en verdad es el ateísmo disimulado, y el ateísta ni presta garantías morales, ni tiene fé ni confianza en las que le ofrecen los demas hombres. El único poder lógico del ateísta es el del mas fuerte ó el mas astuto.

He espuesto los principales motivos porque me he resuelto á publicar este catecismo, no solo en mi obra filosófica: "La Armonía del Universo ó la Ciencia en la Teodisea," sino tambien separadamente en esta edicion, para que pueda servir á mis conciudadanos en la terrible crisis por que pasa actualmente el mundo, y en especial nuestra querida y desgraciada patria, cuya regeneracion, felicidad, Providencialidad y progreso desea de todo corazon

J. N. Adorno.

y filosofías de todas las religiones concordes con la razón intuitiva de la huma-
nidad, deberá servir también como un lazo de unión entre los hombres, aunque
prácticamente diferentes cultos, y así los gobiernos se encontrarán facilitados en sus
funciones administrativas, distributivas y remunerativas.

También las leyes tendrán un fundamento y coherencia más verdadera, simplificada,
dada a la vez la armonía y el orden de las bases científicas.

Esto todo esto no podía conseguirse sin el desahucamiento del verdadero destino
del hombre, de la idea de la inconvertibilidad verdadera de que él es una Providencia.
Por una vez contenida esta verdad sublime, es asimismo incuestionable que los
gobiernos deben ser la Providencia de sus pueblos y entonces aparecen los verdaderos
derechos de la Providencia por los cuales gobiernan. Porque en efecto, no son
los derechos hereditarios ni los de elección popular los que deben ser
var y conservarse en los gobiernos, sino la práctica y distribución
del bien y la felicidad pública.

Mientras un gobierno es bueno, benévolo y Providencia, los pueblos lo aman
y respetan; pero luego que se convierte en destructor e inhumano, se hace tirá-
nico y pierde el afecto de los pueblos, los que solo pueden tomar el poder, supe-
rados y embriagados por la fuerza y la violencia que los sumerge en el tormento
del maltrato.

Una cosa hay incuestionablemente imposible, y es que los pueblos eligieran sus
gobiernos con el objeto de ser venales, tiranizados y oprimidos. Por el contra-
rio, la historia está llena de las revoluciones y guerras que las naciones han he-
cho para asegurar la libertad, sea cual fuere el origen de los tiranos y cuando estas
sean debidas como los Galeses en Roma, o cuando deban ser hechas a la elección
popular, cual las de nuestros.

Por lo tanto, todo gobierno, temiendo su misión providencial que cumplir, está
también sujeto a bases morales y científicas, pero estas deben ser de una ciencia
pura y absoluta, pues un contrato sería a la dignidad gubernativa (cuando esta
es totalitaria) el contrario en las cuestiones gubernativas, como el profeta el mal-
foramiento absoluto, pues así en verdad es el mismo delirio, y el estado
puede garantizar a los pueblos, si tiene la conciencia en las que se ofrecen los demás
hombres. El único poder jurídico del estado es el del más fuerte de él más fuerte.
No espanto los principales motivos porque me he temido a publicar esto en
testimonio no solo en un obra filosófica: "La Armonía del Universo de la Ciencia
la Física", sino también separadamente en esta edición, para que pueda servir
a mis contemporáneos en la terrible crisis por que pasa actualmente el mundo, y
en especial nuestra querida y desgraciada patria, cuya regeneración, felicidad,
Providencia y progreso hacen de todo corazón.

J. R. Obispo

CATOLISMO
PROVIDENCIA DEL HOMBRE

PROGRAMA ANALITICO

DE LAS SIGUIENTES PAGINAS.

¿SERA LA HUMANIDAD FELIZ SOBRE LA TIERRA?